

## EL CONOCIMIENTO DE LO HUMANO POR LAS DEFINICIONES DE NUESTRA ESPECIE Y EL CONTEXTO EN EL CUAL SON PROPUESTAS

THE KNOWLEDGE OF THE HUMAN BEING ACCORDING TO  
THE DEFINITIONS OF HUMANKIND AND THE CONTEXT  
IN WHICH THEY ARE PROPOSED

JUAN CARLOS ZAVALA OLALDE\*

Facultad de Ciencias, UNAM, México

\* olald@yahoo.com

### RESUMEN

Las definiciones que sobre el ser humano se han propuesto en la paleoantropología nos permiten comprender cómo se concibe qué es el ser humano. Al hacer un recuento de los principales hitos en la historia de la paleoantropología caracterizamos al ser humano por su morfología, su capacidad para generar cultura y en especial su facultad lingüística. Por lo tanto, sugerimos que nuestra especie bien puede reconocerse como *Homo bioculturalis sapiens*.

**Palabras clave:** Hombre, ser humano, ser biocultural.

### ABSTRACT

The definitions on humans that have been proposed in paleo-anthropology allow us to understand how to conceive what human beings are. When we study the major facts in the history of paleo-anthropology, we see that human beings are characterized by their morphology, their ability to create culture and especially by their language faculty. Therefore, we suggest that human species may as well be recognized as *Homo bioculturalis sapiens*.

**Keywords:** Man, human being, biocultural being.

Recibido: 10.10.10. Revisado: 20.10.10. Aceptado: 27.11.10.

### INTRODUCCIÓN Y MÉTODO

Comprender al ser humano tiene sentido y es posible si se comprende el contexto en el cual se generan sus explicaciones. No es que no exista una explicación total, ni que no pueda alcanzarse, incluso que sea indispensable para la antropología. Sino que cada

explicación, por total o fragmentada que sea, presenta una búsqueda, alusión y ejemplificación de lo humano. Si la paleoantropología debiese dar cuenta de las especies ancestrales a la nuestra, lo más interesante es que va un poco más allá y da cuenta de lo humano de nuestros ancestros y así relata nuestra historia, una historia de la humani-

dad (en el sentido de lo humano de nuestra especie).

Las propuestas que explican al ser humano son como un rompecabezas donde las orillas son la secuencia histórica y más allá de esos límites el rompecabezas no da señales de un acabado hasta que se han puesto casi todas las piezas. Las explicaciones paleoantropológicas pueden, desde el punto de vista del contexto, darnos más que una diagnosis científica y parcial. Pueden hablarnos de cómo vamos construyendo nuestra concepción de lo humano conforme nos desarrollamos dentro del devenir histórico.

Este trabajo pretende evidenciar esa postura mediante el análisis de una serie de autores que han definido al ser humano desde la paleoantropología. Los autores seleccionados son los más renombrados paleoantropólogos y su orden de aparición refiere precisamente a su lugar en la particular manera de presentar su idea del ser humano.

## RESULTADOS

Comienzo por la alusión de T. Huxley a los neandertales en 1863. Dos posturas se encuentran desde el descubrimiento de los neandertales para juzgar la relación que tienen con nuestra especie. Una postura es que son muy primitivos para ser parte de nuestra especie. La otra, que pueden ser nuestros ancestros por la coincidencia temporal. Por la primera argumentación nos percatamos que nuestra idea de lo humano es de seres plenamente humanos o, más aún, pertenecientes a nuestra civilización. El humano es el que se parece a mí, es como yo, pertenece a una civilización como la mía y podemos coincidir en nuestra forma de ser. Esta postura etnocéntrica defiende más las similitudes que las diferencias. Ésta es una apuesta por lo similar y no muestra un largo camino al conocimiento profun-

do, sólo hacia aquello que cumple una serie de requisitos con la homogeneidad. En esta postura se van a adherir en el siglo XX Hrdlicka, Weidereich y Howell.

La segunda propuesta, la de Thomas Huxley, es que tenemos ancestros cuyos rasgos son primitivos. En ellos lo humano de nosotros apenas comienza a trazarse, se dibuja los principios que habrán de pasar por un largo proceso evolutivo. Propuesta que abre una nueva perspectiva acerca de lo humano. En esta postura pueden agruparse a Boule, Morant, Vallois, a principios del siglo XX. Aquí hay un conocimiento de lo similar tan importante como la profundización en lo distinto y el puente entre los dos como parte del proceso evolutivo. El trabajo de T. Huxley profundiza en nuestra similitud con los demás primates y así se descubren las diferencias. Cuando se hace una relación mediante la aplicación de la teoría evolutiva se descubre un proceso de ancestría y descendencia ineludibles. Se descubre la continuidad del proceso donde la segmentación sólo corresponde a la manera en la que preferimos ordenar el mundo.

Antes del descubrimiento de los neandertales lo primitivo era sólo el primer hombre sustentado en el relato bíblico. Los restos del hombre de neandertal presentan un ser que evidencia lo primitivo como ancestral, lo primitivo como lo inacabado, lo primitivo como lo entendemos en el sentido de lo simple y rudimentario. Aquí comienza la historia humana a hacerse verdadera historia evolutiva. El relato bíblico nos muestra el mito más allá de la historia. La historia, un complejo de fenómenos diversos que no dejan por eso de ser uno solo. La historia evolutiva comienza a relatar nuestro proceso desde el origen hasta el presente (no es metafórico).

La discusión no terminó ni siquiera en los 50s del siglo XX con el claro artículo de Howells "El lugar que ocupa en hombre de neandertal en la evolución" (Howells,

1959), pues aún hoy hay quienes defienden que no hay relación de los neandertales con los humanos modernos y quienes, por el contrario, ven rastros anatómicos neandertales en los primeros hombres del neolítico. Del trabajo de Huxley se ha citado un párrafo que no debemos olvidar y es la clave de su pensamiento. Dice:

La cuestión suprema para la humanidad, el problema que está en la base de todos los demás y que nos interesa más profundamente que ningún otro, es la determinación del lugar que el hombre ocupa en el conjunto de las cosas —¿De dónde procedemos? ¿Cuáles son los límites de nuestro poder sobre la naturaleza, y de la naturaleza sobre nosotros? He ahí las cuestiones que se presentan incesantemente, por sí mismas, a todo hombre que nace a la vida mental y que le ofrece un interés que nada puede disminuir (Huxley, 1863).

Huxley desentraña la antigüedad del humano como principio para nuestra propia comprensión. Porque es esta comprensión de lo humano la primera pregunta que hay que resolver. Si los seres humanos no conocemos nuestro lugar en la naturaleza y en el orden de las cosas en el universo, o mantenemos una idea errónea, todo lo que proceda en el conocer humano carece de cimiento. De modo que todo análisis sin esa perspectiva se denota parcial y fragmentario, en su principio como en sus conclusiones.

En la época de T. Huxley, Haeckel (en 1889) había propuesto como precursor de nuestra especie al *Pithecanthropus alalus* (que quiere decir Hombre-mono sin lenguaje), del cual descendía el *Homo stupidus* (que quiere decir falto de entendimiento), para finalmente evolucionar al *Homo sapiens*. Filogenia por demás explícita del entendimiento como explicación de la evolución humana. Con esta filogenia de nuestra

especie creó un ambiente que animó a quienes buscaban desentrañar la historia evolutiva de nuestra especie. El caso de Dubois fue el más extraño éxito de esa búsqueda.

Dubois descubrió un ancestro de nuestra especie en el siglo XIX, lo reconoció como “el origen del hombre”, incluso hizo nuevos descubrimientos en el siglo XX para confirmar su descubrimiento que llamó *Pithecanthropus erectus*. Todo ello en la región de Java, pero fue opacado por los descubrimientos que se realizaban en esa época en Europa (Dubois 1896, 1925).

En su último artículo (Dubois, 1937), relaciona al *P. erectus* con el *Homo soloensis* (Oppenoorth), el *Homo rhodesiensis* (Woodward) y el *Sinathropus* (Black), los califica de formas primitivas del *H. sapiens* y, no obstante las similitudes con el *P. erectus*, no abandona el término de *Pithecanthropus* para calificar al “eslabón perdido”. Lo que Dubois hace es mantener la idea del ancestro primitivo, el “eslabón perdido” o la “forma de transición entre el hombre y los simios”. En el *erectus* parece haber una quimera que combina lo primitivo y nuestro carácter de especie evolucionada dentro del taxa hominoidea.

En los años 60s del siglo XX Howells describe cómo la gran variedad de nombres para especies fósiles de homínidos es excesiva. En concordancia con E. Mayr y el trabajo de BG Campbell, reconoce que varias denominaciones pueden ser reasignadas al género *Homo*, y denominarse como *Homo erectus*. Donde primordialmente se incluyen el *Pithecanthropus erectus* y el *Sinathropus pekinensis*, además de estos restos, de Java y China, algunos descubiertos en África por LSB Leakey, con lo que se generó un retrato de un ancestro con las características propias de nuestra especie dentro del proceso evolutivo. Un organismo erecto, con cultura material y un cerebro proporcionalmente evolucionado, ideal y fehaciente ancestro nuestro.

El descubrimiento del *H. erectus* generó entonces una idea acerca del ritmo y el patrón de la evolución humana cuya discusión no ha dejado de ser fructífera (por ejemplo Cela-Conde & Ayala, 2001). También colocó en la discusión paleoantropológica la importancia del lenguaje para definir a nuestra especie. Haeckel teorizó que el ancestro primitivo carecía de lenguaje como un carácter primordial de su estado ancestral. Dubois no lo niega, pero no cuenta con una prueba para afirmar la existencia de un *P. alalus*. Debemos recordar que el lenguaje es el carácter humano, el cual ya había afirmado Platón como lo propio de ser humano.

Como en la época se considera que el único sistema anatómico humano para ubicar las características humanas es el cerebro, a principios del siglo XX en la academia inglesa se discute la antigüedad de nuestra especie y el papel que tuvo el cerebro en el proceso. En medio de esta discusión se perpetúa un fraude. El fraude habla mucho de lo humano y cómo influye en el estudio que sobre nosotros mismos hacemos.

El que conocemos como fraude de Piltdown comenzó como una investigación formal y seria, el 18 de diciembre de 1912, en la reunión de la Sociedad Geológica de Inglaterra. Descubierta por Charles Dawson, y con la colaboración del reconocido paleontólogo Smith Woodward y el posible artífice Teilhard de Chardin, el descubrimiento tiene una historia inverosímil. Restos de dudosa procedencia e interminable controversia por 41 años son reconocidos como dignos de mención y un problema para la disciplina (Gould 1983).

Los restos de Piltdown poseen un cerebro desarrollado y una mandíbula primitiva. Son la evidencia de una evolución humana a cargo de la capacidad cerebral de nuestros ancestros. Es la justificación fehaciente de un proceso de hominización y humanización que el mismo humano guía

por su capacidad de futuro *sapiens*. Desde la antigüedad los filósofos caracterizan al ser humano por la razón, la emoción y la voluntad. La voluntad como cúspide de los humanos parecía comprobarse con los restos de Piltdown. Los seres humanos a voluntad guiarían su evolución. ¿Qué mejor manera de calificar lo humano? Afortunadamente lo humano y el proceso de su evolución son un fenómeno más complejo y puede ser más fructífero.

El proceso del descubrimiento de los restos de Piltdown es tan perfectamente oportuno que sorprende la credulidad bajo la cual se perpetuó por décadas. Sólo por el prestigio de los investigadores ingleses uno puede pensar que fue aceptado en cierto grado. Es hasta la muerte de todos sus defensores originales que se develó el fraude.

El vergonzoso ejemplo de Piltdown se repite como una advertencia, una y otra vez, al relatar la historia de la paleoantropología. Al querer conocer nuestra historia evolutiva, nuestra íntima relación con nuestro objeto de estudio nos expone a la subjetividad, a la creencia infundada en los datos ciertos, a la pleitesía hacia las personalidades, y así nos exponen al engaño. Cuanto mayor es la cercanía con nuestro objeto de estudio, mayor es nuestra posibilidad de distorsionarlo. El extremo ha sido el fraude perpetrado con el nombre de *Eoanthropus dawsoni* (el hombre de Piltdown), cuya manufactura fue hecha con alevosía y cuyo artífice o artífices nunca tuvieron la dignidad para aceptar su responsabilidad. También nos advierte que las ideas de ser humano en cuanto tal, en el presente, no necesariamente corresponden con lo humano de nuestros ancestros. Proyectar nuestras ideas de lo humano hacia el pasado nos ayuda tanto como nos conflictúa y nos pone en riesgo. Lo más importante es que puede servir para poner en duda y discutir si lo humano ayer tiene que parecerse necesariamente a lo humano, lo calificable como humano, hoy.

Como en las primeras décadas del siglo XX nadie pone en duda la importancia de la evolución del cerebro en la evolución humana, es factible preguntarse: ¿Pero hasta qué punto las dimensiones del cerebro representan a la evolución humana? ¿Hasta qué punto la capacidad cerebral determina o conduce la evolución humana? Ésta es la discusión en la que se encuentran Arthur Keit y Grafton Elliot Smith.

Keith dice que hoy “el hombre es lo que es a causa de su cerebro” (1931: 33). Él apoya la idea de una evolución cerebral en el último estadio del proceso evolutivo de nuestra especie, el carácter más depurado y avanzado que nos caracteriza. Por su parte, GE Smith afirma que “la supervivencia del hombre es la causa del desarrollo del cerebro” (1927: 189). Con lo cual apoya la versión de un desarrollo primario del cerebro que hace posible la evolución posterior de nuestra especie hasta la actualidad. Como lo comenté en el ejemplo de Piltdown. La pregunta es: ¿el cerebro como causa o el cerebro como consecuencia?

En esta discusión encontramos la confrontación de la capacidad humana para la determinación. Si aceptamos que el cerebro guía la evolución, entonces el humano se ha hecho humano a voluntad. Esta es la idea de hominización que existe hasta la actualidad de algún modo. Si el cerebro es producto de una evolución posterior, nuestra especie cuenta con las características que nos sorprenden por un mero azar y selección natural conjugados en una de muchas posibles direcciones. Esta que parece la solución evolutiva más pertinente tiene un problema que resolver: ¿Cómo es que nuestra especie se ha constituido bajo una estructura social y cómo pretendemos una humanidad justa y libre?

A mediados del siglo XX se tenían ideas muy claras acerca de la importancia de poseer un cerebro de tamaño, tamaño que se esperaba fuese proporcional con una idea

de la etapa del proceso evolutivo correspondiente. Se tenía como un patrón de referencia un Rubicón cerebral de 750cc en nuestros ancestros *H. erectus* más primitivos, con sucesivos desarrollos hasta nuestra especie (Keith 1949).

No obstante, el tamaño cerebral tiene una importancia secundaria si no observamos cómo provee de signos palpables de sus facultades. La solución está en correlacionar las muestras de la actividad cultural humana con los posibles creadores. La propuesta de la nueva especie *H. habilis* por Louis Leakey, Tobias y Napier (1964) establece la solución en paleoantropología.

La diagnosis de estos autores resalta, sobre la morfología de los *H. habilis*, su capacidad como seres culturales aún ante el desarrollo cerebral reducido (600cc) de la especie. Y con ello se afirma que para ser la primera especie de nuestro género Homo es necesario ser biocultural.

Sólo un ser biocultural puede aceptarse como la primera especie ancestral de nuestro género y ancestro del ser humano. Para Leakey, Tobias y Napier la biología del ancestro está ligada a la facultad cultural que lo humaniza. El ser humano que tiene un antecedente de *Homo naturans* o *Ardipithecus naturans* si se quiere y de *Homo culturalis* es en realidad la unificación en un *Homo bioculturalis*, primero un *H. bioculturalis habilis* y hasta nosotros un *Homo bioculturalis sapiens*. Para resaltar la pertinencia de lo biocultural para nuestra comprensión, pero fundamentalmente por su papel en la evolución de nuestra especie.

Actualmente nos encontramos en una situación muy interesante, pues la mirada científica se presenta con su diáfana pureza. Se discute el significado del género Homo (Wood, 1992; Cela-Conde, 1997; Schwartz, 2001; Wood & Collar, 2001; Wolpoff, 2001; Cela-Conde & Ayala, 2003). La denominación indispensable como parte del lenguaje científico que le

permite desarrollarse es en este caso una ejemplificación de la extensión que abarca nuestra idea de lo humano. Estos trabajos, como en los casos anteriores, son ejemplos donde por medio de su contexto de validez anuncia nuestra idea del ser humano más allá de la pura descripción. Nos presenta una extensión de lo humano que parece irse difuminando en el tiempo histórico hasta que nos encontramos con seres que son nuestros ancestros y no parecen humanos. Que no son denominados como parte de nuestro género (*Homo*) y cuya similitud con nuestros primos contemporáneos (*Pan*) es por demás evidente.

El presente de la paleoantropología deriva de la propuesta de Dart de hace ya medio siglo. Dart en 1957 y 1959 describió una cultura osteodontoquerática como explicación de una ancestría primigenia que caracteriza a nuestra familia hominidae. Aunque definitivamente y desde el nombre del género (*Australopithecus*) son considerados no humanos. La investigación hoy no es muy diferente que hace medio siglo, y no parece proponer una nueva mirada de lo humano.

## CONCLUSIÓN

Para concluir... en la medida que pueda concluirse.

Por el análisis de la paleoantropología el ser humano es el descendiente de un ser biológico que tiene por su historia un lugar en la evolución de las formas de vida en la Tierra y que emerge en ese mismo proceso como un ser biocultural. Con esa característica como firma de su ser, impregna su historia de humano en cuanto tal.

Como un ser vivo, en términos geológicos y evolutivos, desde que se origina el ser humano no ha pasado mucho tiempo, el humano en su principio y presente es fun-

damentalmente el mismo. Lo que caracteriza al ser humano, más allá de sus características físicas que son comunes como especie, es propiamente su ser biocultural y, dentro de este carácter, el lenguaje.

Estas características para reconocer al ser humano encuentran un dinamismo particular al conjugar la uniformidad y continuidad básica de un conjunto de elementos como linderos de la especie, y la diversidad en sus múltiples manifestaciones. Es decir, las posibilidades de expresión para el ser humano son multifacéticas. Estos aparentes caminos de divergencia se reúnen en el ser humano como ser biocultural. En esta perspectiva es que la paleoantropología nos permite comprender al ser humano.

Todo conocimiento de lo humano que pretende la coherencia científica deriva o tiene que asentarse dentro de esta perspectiva. Fundamentalmente lo que hacen las disciplinas dedicadas al conocimiento de lo humano es llenar esta explicación de lo humano con ejemplificaciones actuales de su diversidad. Pero, como toda disciplina, la paleoantropología advierte la posibilidad del error. De modo que en la antropología tenemos una explicación general de lo humano desde su origen y una evidencia de lo lúbil del conocimiento humano sobre nosotros mismos. Pero, en último término, sólo estamos al principio de nuestra pretensión de una conclusión sobre nuestra idea de lo humano.

## BIBLIOGRAFÍA

- CAMPBELL, B. (1965), *The nomenclature of Hominidea. Including a Defenitive List of Named Hominid Taxa*. London, Royal Anthropological Institute of Great Britain and Company.
- CELA-CONDE, C. J. (1997), *Ethique, diversité et universalisme: l'heritage de Darwin*. In Jean-Pierre Changeux (ed.), *Une meme*

- éthique pour tous?* Comité Consultatif d'Éthique pour les Sciences de la Vie et de la Santé, Paris, Editions Odile Jacob.
- CELA-CONDE, C. J. & AYALA, F. (2001), *Senderos de la evolución humana*. España, Alianza editorial.
- CELA-CONDE, C. J. & AYALA, F. (2003), Genera of the human lineage. *Proc. Natl. Acad. Sci. USA*, 100: 7684-7689
- DART, R. (1957), *The Osteodontokerati culture of Australopithecus prometheus*. Pretora, Transval Museum.
- DART, R. A. & CRAIG. D. [1959] (1962), *Adventures with the Missing Link*. Nueva York, Harper & Brothers. Traducción de Florentino M. Torner, *Aventuras con el eslabón perdido*. México, FCE.
- DUBOIS, E. (1896), On *Phitecanthropus erectus*: a Transitional form between Man and Apes. *The Journal of Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, London, The Institute of Great Britain and Ireland, 25 pp. 240-255.
- DUBOIS, E. (1925), On the Principal Characters of the Cranium and the Brain the Mandibule and Teeth of *Pithecanthropus erectus*. *American Journal of Physical Anthropology*, 7 pp. 101-109.
- DUBOIS, E. (1937), On the fossil Human skull recently discovered in Java an *Pithecanthropus erectus*. *Man*, London, The Royal Anthropological Institute, 37(1-1237): 1-7.
- GOULD, S.J. (1983), La conspiración de Pilt-down. En: S.J. Gould, *Dientes de gallina y dedos de caballo*. Barcelona, Crítica.
- HAECKEL, E. (1889), *Estado actual de nuestros conocimientos sobre el origen del hombre*. México, Maucci Hermanos Editores.
- HOWELLS, W. (1959), *Mankind in the Making. The Story of Human Evolution*. New York, Doubleday and Company.
- HUXLEY, T. H. [1911] (1863), *Man's Place in Nature and other Anthropological Essays*. London, Manmillan and Co.
- KEITH, S. A. (1931), *New Discoveries Relating to the Antiquity of Man*. London, Williams and Nogarte.
- KEITH, S. A. (1949), *A new Theory of Human Evolution*. London, Watt and Co. Limited, Second impression.
- LEAKEY, L.S.B, P.V. TOBIAS y J.R. NAPIER (1964), A new Species of the Genus Homo from Olduvai Gorge. *Nature*, 202, pp. 5-7.
- MAYR, E. (1957), *The Species Problem*. Washington D.C., American Association for the Advancement of Science.
- SCHWARTZ, J. H. (2001), A review of the systematics and taxonomy of Hominoidea. (México) *Ludus Vitalis*, 11 (15): 15-46.
- SMITH, G.E. (1927), *The Evolution of Man*. London, Oxford University Press.
- WOLPOFF, M. H. (1980), *Paleoanthropology*. New York, Alfred A. Knopf.
- WOLPOFF, M. H. (2001), Is there a phylogeny of Homo? *Ludus Vitalis*, IX(15): 75-84.
- WOOD, B. (1992), Origin and Evolution of the genus Homo. *Nature*, England, Macmillan Magazine Ltd, 27 February, 355: 783-790.
- WOOD, B. & M. COLLARD (1999), The Human Genus. *Science*, USA, American Association for the Advance of Science, 2 April, 284, pp. 65-71.
- WOOD, B. & M. COLLARD (2001), The meaning of Homo. *Ludus Vitalis*, IX(15): 63-74.